

Me levanté con un hambre voraz y una energía inacabable. Comí el mejor desayuno de mi infancia. Agradecí su generosa hospitalidad y me puse a caminar por las veredas olvidadas de mi más tierna niñez.

Caminé. Caminé sin parar por horas, y de pronto la vi a lo lejos. Una mano enorme que salía erguida de la tierra. Era una mano vieja a la que le habían amputado el pulgar. A pesar de esto, los demás dedos subían enérgicos señalando el cielo, dirigiéndose seguros y fuertes hacia el azul intenso e infinito. En la base, la muñeca mostraba el paso del tiempo reflejado en los profundos surcos de la corteza que querían descascararse pero aún no habían encontrado el momento oportuno. El muñón del pulgar estaba astillado y oscuro, mostrando la cicatriz de una herida mal sanada. Sobre la palma cóncava alguna vez se dieron cita distintas semillas de orquídeas y helechos, que luego abrieron paso a enormes plantas, minúsculas sin embargo, en comparación con la gigantesca mano noble que les daba apoyo, abrigo, sustento. Tronco y ramas surcados por un sinfín de estrías diferentes que los recorrían en todas direcciones. La copa de esta maravilla se extendía generosa y abierta para cobijar toda clase de insectos, ranas, pájaros, lagartijas y pequeños ratoncitos de monte. Era una cornucopia vibrante, noble y silente; llena de vida que la hacía palpitar, clavada inevitablemente en la tierra. El viento que pasaba entre las hojas arrullaba el paisaje verde intenso, moviendo

12

el calor de un lado a otro, envolviendo en su rumor a toda la mano y lo que contenía, calmando el grito excitado de pájaros, ranas y grillos.

Al fin llegué, envuelta en la cálida luz de la mañana. Había visto la mano miles de veces en mis sueños ya desteñidos y tuve la fuerte necesidad de conocerla de cerca; de sentirla, de abrazarme a ella; de palpar una a una todas las irregularidades de su tronco. Quise oler el musgo que la cubre por tramos y mojarme con el rocío guardado debajo de los helechos. Curiosa, probé el néctar silvestre y dulce de las orquídeas. Necesitaba escuchar el concierto desenfrenado de los animales que buscan pareja para entender mi propio llamado inquietante y dejarlo salir del vacío en que se ahogaba; del vacío que yo misma sobrevivía a duras penas. Me propuse llenar mis pupilas de todas las

formas que me rodeaban; de todos los tonos de verde existentes, de los pardos, de los amarillos. De todos los colores del arco iris, intensos, que están de fiesta perenne en esa mano viva. Mi alma se ensanchó más y más, rompiendo una a una todas las costuras que la encerraban y dejando en libertad al espíritu femenino que hasta ese instante no había aprendido a volar.

De pronto el tiempo se detuvo. Parecía dar vuelta, invirtiendo su rumbo. Sentía cómo al fin el sol y el viento entraban por la piel hasta entonces resguardada bajo miles de telas a lo largo de cientos de años. El rumor del río invadía mi cuerpo, estremeciendo cada fibra dormida, despertándome de un sueño aplastante y mortal. Volví a  
13

reír después de toda una eternidad. Nunca me había sentido tan plena y tan libre. Y por primera vez, el tiempo estaba de mi lado.

En ese paraíso natural podía ver más allá de lo que me mostraban mis ojos. Podía escuchar todos los sonidos del universo. Podía oler todas las fragancias que me envolvían y llenaban las dimensiones del cosmos. Podía percibir todos los sabores existentes que se desdoblaban sobre mi lengua resucitada. Podía sentir toda la fuerza de la naturaleza en su máximo esplendor.

Fue entonces que la vi. Estaba escondida tras unos árboles. Me observaba en silencio. Quién sabe cuánto tiempo llevaba allí. Me acerqué despacio, mirándola fijamente a los ojos y hablándole quedo. Al fin salió. No parecía importarle mi indumentaria frente a su desnudez. Era la mujer más hermosa que había visto. Su cuerpo esbelto era musculoso y femenino a la vez. Las caderas anchas y los pechos generosos pero firmes. Sus brazos ofrecían protección y ternura. En su actitud serena traslucían todos los tonos de la humanidad.

—Soy Yara —le dije.

—Lo sé. Soy María —contestó. Y hablamos largo rato como si nos conociéramos desde siempre.

Fuerte e imperturbable, su mirada intensa brillaba aún más con cada sonrisa. Luego se despidió y desapareció por la espesura. Sobre las hojas caídas escuché sus pasos junto a